

examinar si era posible ejecutar lo que se pretendia, informó que ninguna dificultad presentaba y que costaria ménos de doce mil pesos; pero que este fondo no se podría reunir sino de los devotos del templo. El canal se realizó hasta el año de... 1780 y por mucho tiempo formó un agradable paseo por módico precio; hoy ha dejado de usarse ese medio de conduccion, que bien dirigido podría competir con la vía férrea urbana.

*Fiestas celebradas en la Colegiata.*

Muchas son las solemnes, entre ellas el triduo de la Semana Santa, toda la octava de Córpus, San José; pero se distinguen las fiestas dedicadas á la Virgen, bajo sus diversas advocaciones: la novena y octava de la Aparicion, los dias doce de cada mes, en que se turnan diversas comisiones para solemnizarlos.

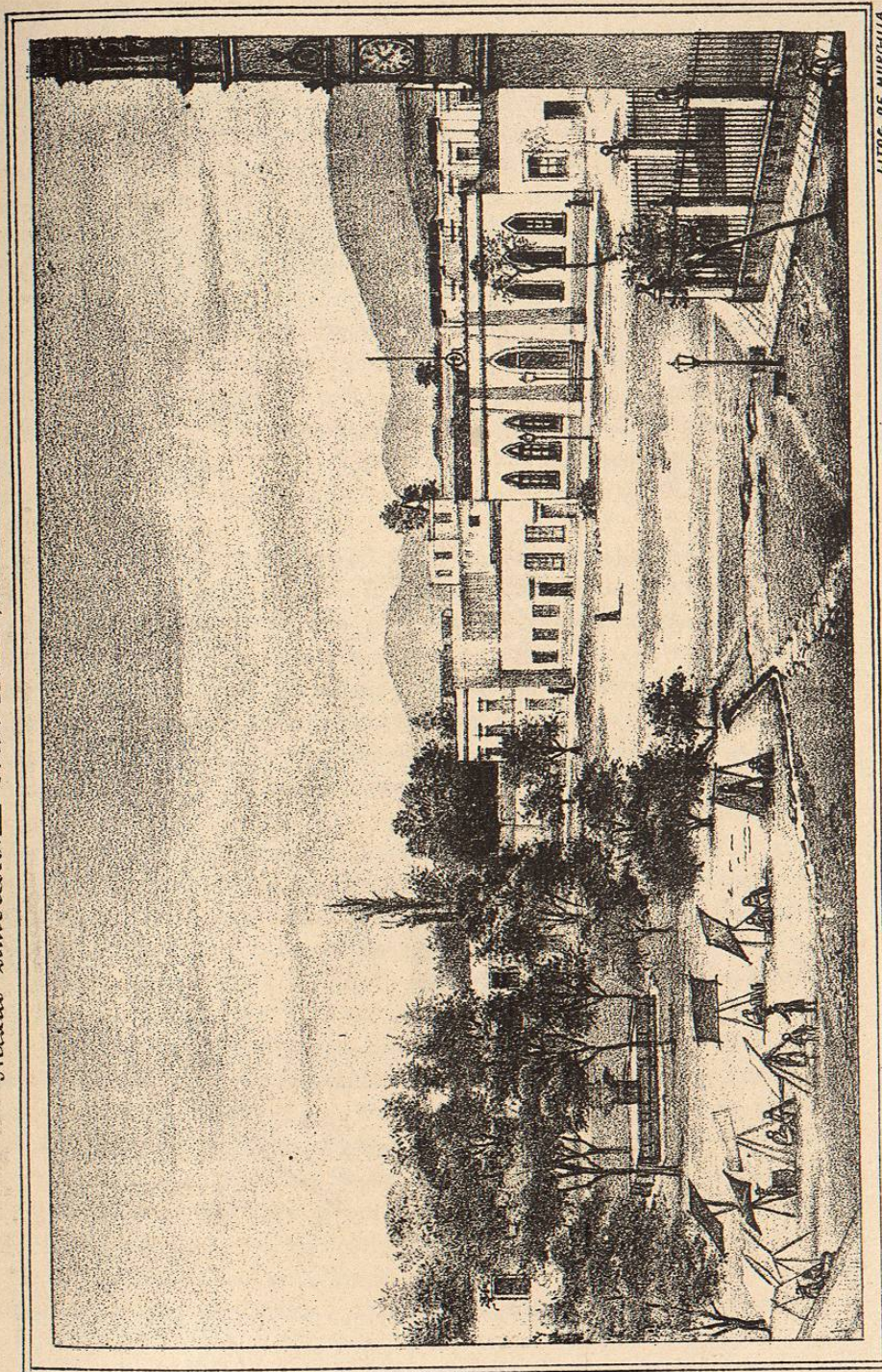
Una de las grandes fiestas celebradas en la Villa, era la que costeaban los hacendados y labradores pidiendo el buen tiempo para las cosechas y contribuian con sus limosnas aun los mas pobres indigenas. Además de las fiestas anuales se verifican diariamente otras muchas en el Santuario: comenzaron las funciones con la benediction del templo y publicacion del patronato y se han continuado sin interrupcion, ya con la fiesta del 12 de Diciembre, ya con las muchas misas y solemnes novenarios allí celebrados.

Cada dia doce concurre multitud de gente de las diversas clases de México para oír misa y rezar; ántes asistian tambien el 12 de Diciembre las autoridades principales de la capital, yendo el jefe del gobierno y los que formaban su comitiva, de gran uniforme y recorrian en solemne procesion la Catedral de Guadalupe, en la que era celebrada la funcion religiosa con mucho lujo y esplendor; en la última administracion del Gral. Santa-Anna, colocó éste por su propia mano en el altar mayor de la iglesia de las capuchinas, el estandarte del cura de Dolores. Además de la funcion del dia doce, hay otra festividad á la que concurren los indigenas á millares, de pueblos de otomites y mexicanos, vestidos con sus trajes de lana y bailando mitotes al uso antiguo. Tambien concurre con frecuencia al templo de la Villa, el pueblo pobre de México; van á pasar allí un dia de campo que participa de mundano y religioso, no siendo raro, por desgracia, que se entreguen á la embriaguez y á los desórdenes mas repugnantes.

El dia 12 de Diciembre se presenta todavía en la Villa de Guadalupe algo verdaderamente mexicano, que nos revela que aun se conservan entre nosotros las costumbres de nuestros antepasados; hay tambien una festividad nombrada de los naturales, el penúltimo domingo de Noviembre y se reservan para la octava del dia doce las clases mas acomodadas de México.

Algunos dias ántes de la fiesta la gente pobre se prepara para concurrir, lavan

México Pintoresco. — Tomo II. — Alcedores de México.



LITOG. DE MURGUÍA.

Plaza principal de la Villa de Guadalupe Hidalgo.



la ropa, terminan la que quieren estrenar; el día doce las mugeres del pueblo pobre ciñen su cintura con la banda encarnada, se ponen el rebozo de seda y calzan bonitos zapatos que hacen efecto con las vistosas telas de los vestidos; los hombres estrenan sombrero y chaqueta. La víspera y el día de la romería nadie se queda sin concurrir; la ropa que no se utiliza entónces va al empeño. Los albores del día son saludados con repiques y cohetes y desde ántes que aparezca la luz se nota grande animacion por todas partes; esto indica que ha llegado el día en que se celebra la Aparicion de la Virgen de Guadalupe, el regocijo inunda el alma de los fieles y el placer se apodera del corazón de los que esperan gozar entre el bullicio, la música y las repetidas libaciones. La Villa, la calzada y la misma México, aparecen con los encantos, la alegría y la hermosura que caracterizan á las grandes ciudades; todos los carruajes de alquiler, los particulares, los carros y hasta los carretones, mas de cien coches del ferrocarril urbano, se ponen en continuo movimiento para llevar concurrentes á la fiesta, van señoras de avanzada edad, jóvenes ricamente vestidas, caballeros en briosos corceles, familias completas en *simones* de pesadas ruedas, los trenes de la vía férrea llevando pasajeros hasta en el techo, conducen sin cesar á la multitud que se empeña en no dejar de concurrir aquel día á la Villa.

Aun se presenta á la fiesta uno que otro charro con sus botas de campana, su calzonera con botonadura de plata; los indígenas con su coton de cuero; por todas partes aparece el sombrero redondo ó jarano de anchas alas, galoneado de oro ó plata con abultadas toquillas de lo mismo y muchos concurrentes van con la pistola á la cintura; las *domésticas* con sus dos trenzas negras, grandes ojos velados por largas pestañas, frescos lábios, y con botines de tacon alto; por todas partes se ven sombreros femeninos de anchas plumas y porcion de flores, y vistosas sombrillas que parecen flotar sobre aquel proceloso mar de cabezas humanas.

Invaden la calzada multitud de peregrinos rezando y á pié para cumplir una promesa ó por carecer de medios para pagar el transporte, y no faltan algunos que vayan de rodillas para cumplir tambien alguna manda, ante los cuales las personas compasivas forman una alfombra, quitándose ya el rebozo, ya la frazada, para suavizar en lo posible al penitente el dolor de las rodillas.

Llénase la plaza, desde la víspera, de todas las clases, edades y sexos, de manera que apenas dejan paso para la iglesia; por todas partes hay puestos de frutas de la estacion: la chirimoya, la piña, la naranja, el plátano, las manzanas, las limas, tejocotes, cacahuates y otras muchas, vendidas por las indígenas de tez bronceada, pelo negro y grueso, formando trenzas ceñidas con cordones de encarnada lana; en el templo es casi imposible penetrar, ocupan el átrio multitud de indígenas casi desnudos, ciegos, cojos, mancos y tullidos, implorando la caridad de los fieles. El altar brilla con mil luces que sobre él flamean, en el coro vibran las dulces armonías del sonoro órgano y la numerosa orquesta acompaña los solemnes cantos religiosos.

Después de la misa se agolpa la muchedumbre á la capilla del Pocito y bebe con entusiasmo el agua ferruginosa. Al salir de esa capilla toman la calzada ascenden-



te que conduce al templo del Cerrito, donde de nuevo rezan y en seguida se van á almorzar á la sombra de uno que otro mezquite ó al rayo del sol, entre las peñas y los ábrosos del cerro; allí toman el *chito*, así llamadas las piernas secas del chivo, sazónándolo con salsa de chile amasado con pulque; despues del almuerzo duermen la siesta bajo alguna sombra que hallan con dificultad y cuando el sol comienza á declinar bajan á la plaza, compran las tortillitas de maíz molido con dulce, produccion exclusiva del Santuario y despues, ya en trenes de segunda clase, ya á pié rezando el rosario, cantando ó peleando por el mucho pulque libado, regresan las familias de los jornaleros y artesanos pobres, llevando el cántaro con agua sulfurosa, el pañuelo con las tortillitas y los regalos de estampas ú otros para los chicos ó parientes que no concurren, quedando en el corazon de todos un recuerdo agradable y el piadoso deseo de volver el año siguiente.

Las danzas de los indígenas jamás faltan: preséntanse éstos con las cabezas adornadas de grandes plumas de colores, cubierto el rostro con caretas de carton ó pintado con tierra roja y amarilla, llevando arcos de flores en las manos y entre mil contorsiones ridiculas ejecutan sus bailes dentro del templo; aun conservan en este respecto esas fiestas populares la mezcla de gentilismo y catolicismo que caracterizó los primeros tiempos de la conquista; la música, el baile y canto que forman los mitotes, son los mismos que tuvieron los indígenas hace cuatrocientos años.

En esos dias de la gran fiesta no hay en la Villa sino malisimas fondas, porcion de casitas levantadas en la plaza, se convierten en estrechos bodegones donde se reunen todas las clases de la sociedad, se come sobre el duro suelo, sin otro mantel que un petate que á la vez sirve de sofá, ó al rededor de una mesa coja y sentados en sillas desvencijadas, en platos de loza ordinaria y con malísimos cubiertos, usando de la tortilla para acompañar al sabroso mole colorado, los chiles rellenos y los frijoles gordos, rociados con sendos tragos de buen pulque.

Los diálogos que allí se escuchan son á veces divertidos y en otras inconvenientes; las riñas se suceden á menudo por cualquier insignificante motivo, ya porque uno se queda viendo fijamente á la que otro acompaña, ya porque un compadre no quiso tomar del pulque que otro le ofreciera; allí se reunen todos los valientes de los barrios de la capital y aunque ya se ha purgado la sociedad de tantos matones que ántes la infestaban, todavía se encuentran algunos que son causa de los crímenes que acontecen en las diversiones públicas.

En los dias de las fiestas es casi imposible penetrar á la capilla del Pocito, y todo transeunte es asediado por la multitud de vendedoras de tortillitas, que sin cesar gritan:

—«Á doscientas doy por medio, pruébelas, señorita; á doscientas, á doscientas tenga mi alma, tenga güerito; aquí las hay buenas, señora.»

Es preciso detenerse y comprarlas para traerlas de regalo á la capital, á donde se regresa entre la apretura y la incomodidad que causa la acumulacion de tanta gente en los pocos coches de la línea del ferrocarril urbano.

En el mismo Santuario se han celebrado fiestas de otra índole y á veces se ha

trasladado la imágen á México; se recuerda en los anales de esas fiestas, la verificada cuando se inundó la capital el año de 1629; sacada la imágen del templo de Guadalupe fué conducida á la Catedral de México, en canoas, y colocada en el altar mayor de éste templo celebraron allí misas todas las religiones; estuvo en la capital cerca de cinco años, volviéndola al Santuario con gran pompa. Desde la víspera fué adornada galanamente toda la ciudad, con gallardetes y colgaduras, principalmente las calles en que habia de pasar la procesion; una verde enramada quebraba los ardientes rayos del sol, adornándola con flores, frutas, aves y otros objetos usados por los indios; por la noche se iluminó toda la capital, en las azoteas colocaron luminarias y faroles en las puertas, balcones y ventanas, ó hachas de cera; en cada cuadra se levantó un castillo ó máquina para pasar el rato. Al dia siguiente hubo en las calles y plazas, danzas, bailes y coloquios, cantos en que los indígenas referian la Aparicion y los favores que debian á la Virgen; la comitiva se formó de Catedral á la iglesia de Santa Catarina Mártir, con multitud de andas enfloradas é imágenes de las parcialidades de indios, de las cofradías y hermandades, con los guiones, estandartes y demás insignias; las religiones y el clero, cargaban las ricas andas en que era conducida la imágen, cubiertas de oro y plata con adornos de piedras preciosas; acompañaba toda la nobleza de México, Ayuntamiento y tribunales; el virey marqués de Cerralvo no pudo asistir por sus enfermedades; en Santa Catarina hubo funcion durante el dia, en presencia de la imágen, y la mañana siguiente se dirigió la procesion por la calzada al Santuario, llevando luces los concurrentes; allí continuaron las plegarias. Fueron tantas las copias y medidas de la imágen que se vendian, adulteradas, que el cabildo eclesiástico tuvo que mandar fueran recogidas. Siempre hubo íntima relacion entre las fiestas del Santuario y las de la capital.

La fé, la adoracion tributada á esa Virgen que, en vez de diosa terrible de sangre y esterminio, vino á ser madre clemente que consolaba á los aflijidos, fué esparciéndose por toda la Nueva-España, principalmente entre la raza indígena que mas necesitaba de consuelo y auxilio celestial, de manera que el nombre de Guadalupe llegó á tener un poder mágico entre el pueblo.

La devocion creció desde que, á consecuencia de la destructora epidemia del Matlahuatl, que tuvo origen en 1736, en un obrador del pueblo de Tacuba, resolvieron los cabildos eclesiástico y secular, nombrar á la Virgen patrona de la ciudad de México, jurándola por tal en 1737, y diez años despues lo fué en todo el vireinato. En 1754 concedió la silla apostólica rezo propio de la advocacion, el cual, por bula espedida tres años mastarde, se extendió á todos los dominios de España. La devocion á la Virgen en su advocacion de Guadalupe, ha ido mas allá del continente americano; pues en Madrid y en la iglesia de San Felipe el Real, se erigió la cofradía ó con-



gregacion en que los cofrades eran las mas distinguidas personas, allí tiene tres capillas y ocho altares; en la misma Roma fué colocada la imágen de Guadalupe por mandato de Benedicto XIV, en el convento de religiosas de San Francisco de Sales: igualmente ha sido venerada en su Aparicion, en Italia, Francia y otras de las naciones europeas y en varias provincias de España.

El anciano cura de Dolores tuvo en cuenta la popularidad del nombre de Guadalupe para proclamar la revolucion de Independencia, talento oportuno que al lado de su arrojo y su energía, dió grande impulso á aquella revolucion en su primer periodo. Al lado del ¡viva Fernando VII! iba el ¡viva la Virgen de Guadalupe! reuniendo todas las voluntades con el símbolo religioso que tenia prestigio y poder sobre el corazon de todo mexicano. El paso dado por el anciano de Dolores, fué una verdadera inspiracion; en el estandarte que levantó iba estampada la Virgen de Guadalupe, y al rededor de aquel lábaro se reunió la mayor masa de guerreros de que hay memoria en los anales modernos de México, así como millares de devotos se prosternan aún ante la efigie estampada en la tela de iczotl. Bajo la bandera blanca con la copia de la imágen, marchó y peleó la multitud entusiasta, vence, muere ó se replega sin desanimarse, batalla, sufre y no descansa sino despues que ha conquistado su independencia y su libertad civil.

Grandes hechos históricos están enlazados con la historia de los áridos é ingratos cerros del Tepeyacac. No solamente están unidas la bandera de Independencia y la imágen de la Virgen de Guadalupe, sino que despues que fuimos independientes instituyó el Emperador D. Agustín Iturbide, la Orden Mexicana de Guadalupe, en Febrero de 1822, restablecida por S. A. S. el Gral. Santa-Anna con gran solemnidad, el 19 de Diciembre de 1853.

#### *La Orden Mexicana de Guadalupe.*

La inauuguracion de la Orden de Guadalupe tuvo verificativo el 13 de Agosto de 1822, día de San Hipólito en el que ántes se hacia la ceremonia del paseo del pendon, en recuerdo de la conquista de México. Todos los agraciados se reunieron en la casa que habitaba Iturbide; de allí partieron en coches con escolta de caballería para la Colegiata de Guadalupe, entre los arcos de flores que adornaban la calzada; recibió la comitiva en la puerta el cabildo y fué conducido el Emperador bajo palio al presbiterio, donde dijo una breve oracion y en seguida pasó á sentarse en el trono que le estaba preparado. Se cantó el Te-Deum y acabado, acompañó á Iturbide el Obispo de Guadalajara, que ejercia de Gran Canciller, desde el trono hasta el dosel en que estaba el de Puebla, en cuyas manos prestó Iturbide el juramento prevenido por los estatutos de la Orden, segun los cuales obligábanse los caballeros á defender las bases del plan de Iguala y la persona del Emperador, obedecer las órdenes del Gran Maestre y cumplir todo lo prevenido en dichos estatutos, com-

prendiendo la íntima devocion á su patrona la Virgen de Guadalupe. Despues de vestir Iturbide el manto y demás insignias, volvió al trono y comenzó la misa, en la que predicó el Dr. D. Agustín Iglesias; fué leida, al acabar el Evangelio, la fórmula del juramento que todos los caballeros prestaron; el Obispo Gran Canciller sentado en un sillón, vistió las insignias al príncipe imperial, al de la Union y á los príncipes mexicanos que le presentó el canónigo de la Metropolitana, Maniau; en seguida fueron á besar la mano al Emperador, quien al acercarse su padre se adelantó, se la besó y lo abrazó, acto que fué muy celebrado. Un individuo por clase recibió las insignias de mano del Gran Canciller y los demás agraciados se las pusieron ellos mismos en sus asientos. Al concluir la misa hubo procesion al rededor de la plaza de la Villa, yendo todos los caballeros con sus hábitos, y algunos cargaron á la imágen que iba en unas andas. Raro efecto causaron los mantos, los sombreros con una ala levantada y con plumas y todo el aparato de aquella ceremonia enteramente nueva. Con la caída de Iturbide terminó la Orden.

En la Catedral de la Villa tuvo solemnemente verificativo la restauracion de la Orden Mexicana de Guadalupe. Conforme al ceremonial que fué publicado con anticipacion, salió á las nueve de la mañana, del Palacio Nacional, el Gran Maestre y Alteza Serenísima Antonio López de Santa-Anna, precediéndole brillante comitiva: marchaban los batidores, despues los presuntos caballeros, seguian los Ministros de Estado y del Despacho, luego el carruaje de S. A. S., tirado por seis magníficos caballos retintos, manejados por lujosos postillones y con los cocheros respectivos; en el carruaje iba solo el Gran Maestre y le hacia escolta inmediatamente el Estado Mayor General y cuatro picadores á caballo, con libreas de la casa de Su Alteza; iba otro suntuoso coche de respeto, dorado, con las armas y colores nacionales, tirado por cuatro caballos naranjados que manejaban lacayos con libreas de la casa del Gran Maestre; cerraba la marcha el numeroso y lucido escuadrón de Lanceros de la Guardia. En toda la extension de la calzada, entre México y la Villa, formaban valla los batallones de guarnicion, vestidos de gran gala. Las calzadas estaban obstruidas por la multitud que acudia á presenciar tan solemne fiesta.

Cerca de las diez comenzó la ceremonia religiosa en la suntuosa Colegiata. Al llegar la comitiva al templo ya todos los convidados ocupaban sus respectivos asientos. Á la derecha del altar mayor, en el presbiterio, aparecian colocados el dosel de Monseñor Clementi, Arzobispo de Damasco, que era el oficiante, y el del Gran Maestre de la Orden; por el mismo lado y á la altura del presbiterio, se levantaba la tribuna de la esposa del Gran Maestre; otra tribuna igual, en el lado opuesto, era ocupada por el cuerpo diplomático. Los caballeros, comendadores y grandes cruces de Guadalupe, estaban en el centro de la crugia, dentro de la balaustrada de plata.

En el cuerpo de la iglesia fueron colocados los generales, consejeros, oficiales mayores de los Ministerios, jefes de oficinas, comisiones de éstas y de otras varias corporaciones. Aquella reunion tuvo tanto en hombres, como en señoras, lo mas escogido de la sociedad.